

Viajes con Heródoto

Ryszard Kapuściński



Viajeros al tren. Estació del Nord. València. Foto: Antonio Salido Contreras

De la mano del conocido como padre de la Historia, un aprendiz de reportero emprende un triple viaje: el de su faceta profesional; el viaje en el espacio que lo lleva al traspaso de las fronteras y al hallazgo del otro; y el viaje en el tiempo, a través de Heródoto, a cuyas páginas vuelve una y otra vez. El texto sobrepasa la clasificación de libro de viajes porque la aventura que cuenta traspasa las fronteras geográficas y temporales, para convertirse en una búsqueda, en un análisis antropológico del hombre. Inmerso en esta tarea vital el protagonista nos regala reflexiones sobre la memoria, la verdad, y la subjetividad del hombre encargado del registro de la Historia y de su transmisión.

A decir verdad no sabemos lo que incita al hombre a recorrer el mundo. ¿Curiosidad? ¿Anhelo irrefrenable de aventura? ¿Necesidad de ir de asombro en asombro? Tal vez: la persona que deja de asombrarse está vacía por dentro; tiene el corazón quemado. En aquellos que lo consideran todo *déjà vu* y creen que no hay nada que pueda asombrarlos ha muerto lo más hermoso: la plenitud de la vida. Heródoto se sitúa en el polo opuesto. Con su continuo ir y venir, es un nómada infatigable, ocupado en mil cosas, rebosante de planes, ideas, hipótesis... Siem-

pre de viaje. Incluso cuando está en casa (pero ¿dónde está su casa?), es porque o acaba de volver de un viaje o está preparando el siguiente, el cual ha de ser entendido como un esfuerzo e indagación, como un intento de conocerlo todo: la vida, el mundo, a sí mismo.

Lleva en su interior el mapa del mundo, que, además, él mismo crea, cambia y complementa. Es una imagen viva, un trémulo caleidoscopio, una pantalla fluctuante en la que ocurren mil cosas (...).

En el mapa de Heródoto están Grecia y Creta, Persia y el Cáucaso, Arabia y el mar Rojo. No están las dos Américas ni China ni el Pacífico. Nuestro griego no sabe a ciencia cierta cómo es la forma de Europa ni tampoco ha logrado desentrañar el origen de su nombre. *Respecto a Europa, nadie ha podido todavía averiguar si está o no rodeada de mar por el levante y por el norte; si se sabe de ella que tiene por sí sola tanta longitud como las otras dos partes juntas... Tampoco alcanzo a averiguar cómo se llamaban los autores de tal*

división, ni de dónde sacaron los nombres que impusieron a las partes divididas.

No se ocupa del futuro: el mañana no es otra cosa que el hoy de turno; le interesa el ayer, ese pasado que se desvanece, teme que se lo lleve el viento, que desaparecerá de nuestra memoria y lo perderemos. ¿Cómo podemos permitirlo, siendo como somos? Y somos seres humanos, pues contamos historias y mitos; en esto nos diferenciamos de los animales, las experiencias y leyendas compartidas cimientan la comunidad y el hombre no puede vivir sino en y gracias a la misma. Aún no se ha inventado el individualismo, el egocentrismo, el freudismo, que tardarán dos mil años en aparecer. De momento, la gente se reúne en torno a una hoguera o bajo un árbol centenariano, a poder ser cerca del mar, para comer, beber vino y hablar. Esas charlas rebosan historias, cientos de historias de lo más variado. Si en las proximidades aparece un huésped inesperado, un viajero lo invitarán a la mesa. Él se sentará y será todo oídos. Al día siguiente seguirá su camino. Al llegar a un nuevo paradero, también allí lo invitarán. El guión de estas tardes se repite. Si el viajero tiene buena memoria –y Heródoto debió de tenerla prodigiosa– con el tiempo acumulará en ella un sinfín de historias. Ésta era una de las fuentes en que bebió nuestro griego. La segunda, lo que veía. La tercera, lo que pensaba.

Ha habido períodos en que las expediciones al pasado me fascinaban más que mis viajes de corresponsal y reportero. Sucedió en los momentos en que me sentía cansado de un presente en el que todo se repetía. La política: juego sucio, perfidia y mentiras; la vida del hombre gris: miseria y desesperanza; la división del mundo en Oriente y Occidente: siempre la misma.

Y así como años atrás había deseado cruzar la frontera en el espacio, ahora me fascinaba el acto de *cruzar la frontera en el tiempo*.

Temía caer en la trampa del provincianismo, noción que solemos asociar con el espacio: el provinciano es aquel cuyo pensamiento está centrado en un limitado espacio al que el individuo en cuestión atribuye una importancia desmesurada, universal. Sin embargo, T. S. Eliot advierte de otro provincianismo, no del espacio sino del tiempo. "En la época actual –escribe en 1944 en un ensayo sobre Virgilio–, en la que los hombres aparecen más inclinados que nunca a confundir sabiduría con conocimiento y conocimiento con información, y a tratar de resolver problemas vitales en términos de ingeniería, está naciendo una nueva especie de provincianismo, que quizá merezca un hombre nuevo. No es un provincianismo espacial sino temporal, un provincianismo cuya historia es la mera crónica de las invenciones humanas que sirvieron en su momento y fueron desechadas, un provincianismo para el cual el mundo es propiedad exclusiva de los vivos, sin participación alguna de los muertos. El peligro de esta clase de provincianismo es que todos, todos los pueblos de la tierra, podemos ser juntos provincianos; y a quienes no se contentan con serlo sólo les queda convertirse en ermitaños."

De manera que hay provincianos espaciales y los hay temporales. Cualquier globo terráqueo, cualquier mapamundi, muestra a los primeros lo perdidos y cegados que en su provincianismo, lo mismo que cualquier libro de historia –incluidas todas y cada una de las páginas de Heródoto– muestra a los segundos que el presente ha existido siempre, pues la historia no es sino una ininterrumpida cadena de presentes, que los tiempos más remotos eran para la gente que en ellos vivió el hoy más inmediato, real y querido.

Para protegerme, pues, del provincianismo del tiempo, me internaba en el mundo de Heródoto (...).

Así mis viajes cobraron una segunda dimensión: viajé simultáneamente en el tiempo (a la Grecia antigua, a Persia, a la tierra de los escitas) y en el espacio (mi labor cotidiana en África, en Asia, en América Latina). El pasado se incorporaba al presente, confluyendo los dos tiempos en el mismo ininterrumpido flujo de la historia.

Pero ¿hice bien intentando refugiarme en la historia? ¿Tenía esto algún sentido? Al fin y al cabo encontramos en ella las mismas cosas a las cuales nos parecía que lograríamos escapar.

Heródoto se ve envuelto en un dilema irresoluble: por un lado dedica su vida a intentar preservar la verdad histórica, lleva a cabo sus investigaciones *para impedir que el tiempo borre la memoria de la historia de la humanidad*, y por el otro, su principal fuente de noticias no es otra que unos interlocutores que le cuentan los hechos no tal como sucedieron, sino tal como les hubiera gustado que sucedieran, dando, por consiguiente, rienda suelta a sus recuerdos selectivos y a su particular, arbitraria e intencionada manera de evocarlos. En una palabra, no se trata de una historia objetiva, sino de una historia pasada por la criba subjetiva de otros. Y no hay solución a este desencuentro. (...) Consciente de ello, nuestro griego no cesa de subrayar sus reservas: "según me refieren", "unos afirman", "otros sostienen", "hay varias versiones", etc. Por eso, volviendo al estado ideal, nunca estamos frente a la historia real, sino siempre ante una constatada, tal como alguien sostiene –y cree– que ha sido.

KAPUŚCIŃSKI, Ryszard. *Viajes con Heródoto.* Barcelona: Editorial Anagrama, 2008, pp. 302-306 (Colección Compactos)

La publicación de este fragmento de *Viajes con Heródoto* ha sido posible gracias a la autorización de Editorial Anagrama. Se han suprimido las notas a pie de página del fragmento reproducido.

Texto propuesto por Julio Rodríguez Bisquert